



No es frecuente que alguien pase de la vicepresidencia a una pena de tres años de cárcel, como es el caso del dimitido Spiro T. Agnew.

LA CAIDA DE AGNEW

LA broma en Washington, en 1968, después de que Richard Nixon le eligiese para compañero de candidatura, era hablar de él como «Spiro, ¿qué?», fingiendo que se oía su nombre por primera vez, recalando su carácter de desconocido. Spiro T. Agnew era un político de provincias, gobernador de Maryland, torpe de lenguaje y de errores políticos. Hasta daba risa. En la campaña de 1968, los adversarios demócratas habían lanzado un «spot» de televisión cuyo único texto era el nombre de Spiro pronunciado varias veces y coreado de grandes carcajadas. Su caída, ahora, no inspira risa. No es frecuente que alguien pase de la vicepresidencia a una pena de tres años de cárcel (en libertad condicional), que no son más porque ha habido un pacto con la justicia, y a cambio de su dimisión y de la admisión de culpabilidad en las acusaciones de fraude fiscal, se han olvidado otras acusaciones que

quizá hubiese sido fácil probar, como la de soborno o cohecho. No es un hecho cómico. Es «una auténtica tragedia nacional y una crisis constitucional sin precedentes», según palabras de Edward Kennedy. No hay precedentes, pero, como dice algún humorista, hay viceprecedentes: Schuyler Colfax fue vicepresidente con Grant, y se descubrió que había aceptado acciones del Union Pa-

amplio dominio sobre el mundo. Menos, en un momento en que la Presidencia misma está en entredicho, y en una lucha contra el poder judicial —por la entrega o no de las famosas cintas magnetofónicas de la Casa Blanca—, y siendo investigada por un comité del Congreso por ver si tiene relación con un delito político. Todo ello ofrece, además de una crisis constitucional seria, un profundo ma-

es el sistema mismo el que permite la entrada de la corrupción en su engranaje; que no tiene los suficientes mecanismos de seguridad como para evitar la entrada en él, y el predominio, de los grandes aventureros.

¿Cómo pudo llegar Spiro T. Agnew al poder? En primer lugar, muchos discuten que la vicepresidencia sea el poder. El tópico dice que la vicepresidencia es un cargo puramente teórico; que cada vicepresidente trata de convertirlo en algo importante, y que ello produce inevitablemente vicepresidentes frustrados y neuróticos. Incluso se dice que cuando un político con posibilidades de hacer carrera se encuentra con la vicepresidencia, lo que ha encontrado es una catástrofe personal. Sin embargo, no hay que olvidar algo que es fundamental: un vicepresidente puede convertirse en Presidente. Es algo más que una posibilidad: es una probabilidad, si se consideran los últimos años de la Historia. En los años trans-

JUAN ALDEBARAN

cific para influir en que el Gobierno subvencionase su famosa —por tanto cine— línea férrea. Pero esto sucedía en los «tiempos heroicos» —1868—, y se supone que en la fundación de una nación (y en la turbulenta y confusa historia del nacimiento de esa nación sobre todo), puede haber personas de toda índole. Pero no es lo mismo en lo que se considera como su madurez, con un

lestar de la sociedad americana. Al mismo tiempo que un orgullo considerable y muy justo por el hecho de que las instituciones democráticas que se establecieron también en los tiempos heroicos sigan funcionando: la prensa, el Congreso, la independencia judicial. Para muchos, el sistema está demostrando que es válido, y el fallo está en las infiltraciones. Otros, en cambio, creen que

LA CAIDA DE AGNEW

curridos desde la última presidencia de Roosevelt hasta nuestros días, los Estados Unidos han tenido seis vicepresidentes: Truman, Barkley, Nixon, Johnson, Humphrey, Agnew. Tres de ellos han llegado a la Presidencia: Truman, Nixon y Johnson. Podía haber llegado a un cuarto, el propio Agnew: hace unos meses, cuando el asunto del Watergate estaba en su momento culminante, el «impeachment» o la dimisión podían haber alcanzado a Nixon, y Agnew hubiese sido proclamado automáticamente Presidente. Su «caso» no hubiera salido a la luz pública, y hubiese sido mantenida la imagen del hombre intachable. Pero, eso sí, nadie hubiera podido darle el talento o la inteligencia precisas para el cargo —en teoría—. Hay quien dice que el «hallazgo» de los documentos que dieron lugar a las acusaciones contra Agnew en agosto no fue tal descubrimiento espontáneo, sino precisamente la forma de acudir urgentemente a evitar que Agnew tomase la Presidencia en un momento en que parecía inevitable la caída de Nixon (no se ha excluido todavía la posibilidad). Como hay quien dice que ha sido el propio Nixon el que ha montado la operación completa para desviar el fuego abierto contra él y dar sensación de que la Casa Blanca se depuraba. Pero no solamente podía haber llegado Agnew al poder por este hecho, o por la muerte de Nixon, como le sucedió a Johnson y a Truman, sino por vía electoral, en 1976. Se estaba preparando para ello, y tenía bastantes probabilidades de conseguir la nominación por el partido republicano. Por eso la pregunta sigue siendo válida e inquietante: ¿cómo es posible que un hombre del bajo perfil moral, político e intelectual como Spiro T. Agnew pueda llegar a ocupar un poder que, siendo el máximo de su país, es uno de los más importantes para la marcha del mundo?

Se ha dicho que el lanzamiento de Agnew es una cuestión de griegos y de dinero. El padre de Agnew era un emigrante griego, cuyo verdadero nombre era Anagnostopoulos, que resultaba impronunciable para los americanos y quedó reducido a su abreviatura de Agnew. Se izó desde la miseria hasta la propiedad de un pequeño restaurante de especialidades griegas, pero se arruinó por el «crack» de 1929 y hubo de dedicarse a vender verduras en un carrito. Su hijo Spiro, que nació en 1918, hubo de educarse en los años de miseria en las escuelas del barrio; a los diecinueve años comenzó los estudios de química en la Universidad John Hopkins, de Baltimore, pero tuvo que interrumpirlos en razón de la guerra. Fue al frente europeo, regresó al final de la guerra y comenzó de nuevo a estudiar, pero esta vez Derecho; tenía que trabajar —en un supermercado, en una compañía de seguros— para pa-

garse sus estudios, que hubo de interrumpir para ir a la guerra de Corea, y prosiguió después hasta convertirse en abogado en 1947. Su hoja de servicios militar es muy satisfactoria.

Pero Anagnostopoulos no había salido de Grecia solo. Otro muchacho del pueblo se fue con él, Papadopoulos. Hicieron su hatillo al mismo tiempo en Gargliani, un pueblo del Peloponeso que no les ofrecía futuro, ni siquiera fórmulas para salir de la miseria del día, de cada día, y emigraron juntos a Estados Unidos. Tam-

—en la práctica, presidente— del cuerpo administrativo del condado de Baltimore. Los ironistas dicen que este apoyo demócrata en votos, y aún en fondos para ayudar a su campaña, procedía del deseo de desprestigiar a los republicanos, ya que ellos no podían aspirar a colocar un demócrata en el puesto, dada la repartición electoral: de ganar un republicano, que ganase el peor de entre ellos... De alguna manera se especializó en urbanismo, y por alguna razón. En su biografía oficial se dice que el presidente de

dor Agnew eligió partido por los blancos. Convocó a cien dirigentes de las comunidades negras y les habló en tono tan amenazador y despectivo, que setenta de entre ellos abandonaron el local. Movilizó la Guardia Nacional y las reservas federales y dio orden de disparar implacablemente. Frente a la tesis liberal de que la sociedad era culpable de la situación por no ofrecer mejores condiciones de vida a los negros, Agnew explicaba: «No son las malas condiciones de vida las que causan los disturbios, sino las malas condiciones de los hombres». No era una actitud aislada con respecto a un solo problema: Agnew se enfrentaba directamente con la juventud, contra los cabellos largos; era partidario de que los Estados Unidos se emplearan a fondo, con toda su fuerza militar, en Vietnam, y empleaba sin límites guardias y soldados contra las manifestaciones pacifistas. Públicamente abrazaba las dos grandes consignas de los ultraconservadores de los Estados Unidos de todos los tiempos: la defensa de «la ley y el orden» por encima de todas las razones y la invocación de una moral puritana. Que al mismo tiempo estuviera cometiendo los delitos contra la ley y la moral de cohecho, evasión de impuestos o soborno de los que ha sido acusado no es, probablemente, una contradicción.

En ese momento, Agnew estaba ya preparando su campaña de ascenso político, el camino a Washington. Solamente que en un principio se equivocó de apoyo: eligió a Nelson Rockefeller. Cuando Rockefeller no pudo seguir adelante, parecía que Agnew estaba hundido. No llegaría a Washington; y probablemente, a la larga, perdería el gobierno del Estado. Por eso fue una enorme sorpresa cuando Nixon le designó como candidato a la vicepresidencia ante la Convención republicana, y con la aclamación —tradicional— de ésta. ¿A qué se debió la elección de Nixon? En un principio, no es tan disparatada como parece. Está dentro de las tradiciones. Los vicepresidentes se eligen siempre entre personas insignificantes. Es una tradición. Pero se eligen también entre personas que puedan sumar votos a la candidatura que, de otra forma, podrían ser reticentes: es decir, se busca una imagen contraria y complementaria a la que va a dar el candidato a Presidente. Nixon necesitaba en ese momento dar una imagen liberal, aperturista, nueva. Quería terminar la guerra de Vietnam, reconciliar el poder con la juventud, insistir en la coexistencia con la URSS, fundar la histórica amistad con China. Para tranquilizar a los conservadores, había de encontrar una figura que estuviese más a la derecha que él; no era fácil, de no inclinarse por alguien que se hubiese marcado por su cerrazón tan fuertemente como Agnew en los últimos tiempos. Su política



Affiche de Barra Production 1970.

bién Papadopoulos, al llegar, cambió su nombre: se hizo llamar Pappas. La suerte de Pappas fue distinta de la de su compañero de emigración; incluso muy distinta: entró en el petróleo y llegó a tener una inmensa fortuna. Con la cual no dejó de ayudar, en alguna medida, a sus compatriotas. La leyenda dice que Pappas ha financiado la carrera política del hijo de Agnew; y no sólo con un afán de protección, sino por la posibilidad que supone crear un político de gran influencia para un hombre de importantes negocios. Esta influencia y este dinero serían los responsables de dos hechos fundamentales en la carrera de Agnew: su paso del partido demócrata al republicano y su conversión hacia el conservadurismo. Agnew comenzó su carrera política local en Baltimore como demócrata; se pasó luego a los republicanos, pero no dejó de contar con el apoyo del partido demócrata, sobre todo en sus primeros pasos, cuando fue elegido «executive»

la administración del condado se dedicó al problema de la ordenación de las zonas suburbanas de Baltimore (el suburbio no tiene la misma connotación peyorativa que en Europa; indica solamente zonas en torno al núcleo urbano central, que pueden ser ricas o pobres) por vocación y obligación; las recientes acusaciones tendían a demostrar que recibía dinero de las empresas constructoras y de obras públicas. Pasó allí algunos años, y luego fue elegido gobernador del Estado, con un amplio margen de votos sobre el candidato demócrata. Apareció como un liberal: amparó algunas leyes de derechos civiles, admitió negros entre su personal.

Sin embargo, durante el uso del poder fue cambiado paulatinamente de política, y estalló a partir de abril de 1968. El día 4 de ese mes fue asesinado Martin Lutero King, y en numerosas ciudades de los Estados Unidos hubo incidentes raciales. En el estado de Maryland se presentaron con gran violencia, y el goberna-



El nuevo vicepresidente, Gerald Ford, en compañía de Nixon.

racista podría acumular votos en los estados del Sur. Por otra parte, su condición de hijo de emigrante debería sumarle a todas las minorías raciales. Esta contraria figura que siempre representa el vicepresidente es una de las explicaciones por las cuales los Estados Unidos cambian bruscamente de política cuando uno de ellos ha de suceder al Presidente en la Casa Blanca —Truman, frente a Roosevelt; Johnson, frente a Kennedy—; otra sería la de los psicoanalistas y los psicólogos, la de que el vicepresidente convertido en Presidente descarga en el ejercicio del poder, al menos en los primeros tiempos, todas las frustraciones y todas las neurosis de su angustioso cargo anterior. La imagen correspondía a lo que Nixon deseaba, independientemente o no de que el dinero de las refinerías de Pappas pudiese ser muy bien recibido para ayudar a la costosa campaña electoral. Agnew fue compañero de lista de Nixon, comenzó la época de la broma de «Spiro, ¿qué?» y la campaña de risas de los adversarios demócratas.

Pero todo ello fue pálido ante la disparatada campaña que comenzó a realizar Agnew con vistas a las elecciones. Un periodista comentó entonces que Agnew decía «la frase errónea con las palabras erróneas en el momento erróneo». Por ejemplo, hablando con los periodistas se refirió al «gordo Jap» y al «polack», es decir, al japonés y al polaco de origen americano, con los términos despectivos y maleducados que suelen emplear los «wasp» —white anglo saxon protestant, el protestante blanco anglosajón—, que forman la capa dominante del establecimiento, para con las minorías procedentes de otras naciones: como el propio Agnew, venido de Grecia; y a los que la imagen Agnew, como demostración pública de que el hijo de un inmigrante puede llegar a todo, debía arrancar votos. Para dar alguna razón a su nombramiento, Nixon había presentado a Agnew como un especialista en temas urbanos (por alusión a lo que había hecho en el condado de Baltimore) y en el Estado de Maryland), y las opiniones de ese tipo que comenzó a dar Agnew aumentaron los decibelios de las carcajadas. Por ejemplo, Agnew propuso que la lucha contra los «ghettos» negros se resolviese mediante la creación de ciudades enteramente nuevas a las que fuesen trasladados anualmente los «excedentes» de población de las zonas negras de las ciudades existentes, para que éstas se mantuviesen continuamente en el mismo nivel. Aparte de la imposibilidad presupuestaria y técnica de construir ciudades enteramente nuevas, la idea de las deportaciones en masa aparecía como aterradora. Agnew explicaba a quien le quería escuchar —y los periódicos le escuchaban con fruición— que la misión de gobernar

era extremadamente simple, que bastaba con unas cuantas ideas y con no perderse en matices y en complejidades artificiales. «Unos cuantos principios básicos, y nada de detalles», decía Agnew. Era un personaje de oro para los caricaturistas y para los humoristas. Con lo cual empezó a nacer en él un odio a la prensa y a los intelectuales que no le ha abandonado hasta el último momento.

Sin embargo, esta imagen simple y fácil tuvo una gran resonancia en una clase media de los Estados Unidos que cree realmente en la importancia de los principios y las ideas básicas, y en que los matices son cosa demoníaca. De ahí el gran hallazgo que Agnew haría más tarde, el de la «mayoría silenciosa», del que el hábil Nixon se aprovecharía inmediatamente y haría suyo, aunque tuviera un fondo antidemocrático y contra las tradiciones del país, donde se supone que mayorías y minorías deben hablar y manifestar sus opiniones, y que sobre esta base ha de construirse la política general. La mayoría silenciosa le aprobó, y muchos de los votos que fueron para la doble candidatura presidencial los conquistó Agnew. El partido republicano comenzó a fijarse más detenidamente en él como en el hombre que podría ser candidato a la Presidencia cuando el mandato de Nixon viniese a terminar.

Una vez elegido, Agnew se quedó sin nada que hacer, en el puesto típico del vicepresidente sin función. Pero continuó su juego verbal de extrema derecha. El comunismo, la juventud, el derrotismo, los negros, la prensa, los intelectuales, fueron el blanco de sus ataques principales. Nixon lo utilizó despiadadamente: cuanto más dibujase esa imagen, más resaltaría el progresismo que quería pintar para sí mismo. Al mismo tiempo, le servía de coartada para no ir más lejos en su política. Es una vieja y siempre eficaz maniobra en el poder; es la de decir, «vean ustedes la fuerza que tienen aún los "duros"; yo iría más lejos, pero ya ven ustedes que no es posible, que este tipo de gentes todavía representa mucho en el poder...». Nixon le envió a los países del Sudeste asiático para «tranquilizar» a los jefes de Estado inquietos por la retirada de Vietnam; dejó que

fuese él quien se estrellase con sus promesas, que siempre iban un poco más allá de la misión que se le había sibilantemente encomendado. Lo arrojó a los periodistas, lo arrojó a los jóvenes... Desde un punto de vista de poder, simultáneamente, Agnew era uno de los vicepresidentes más marginados de la Historia, y más públicamente despreciados. Fue el hombre que más enemigos se hizo. Entre ellos, dos que ahora han sido implacables con él: los periodistas y los jueces. Atacó al «Times», de Nueva York; al «Sun», de Baltimore; al «Post», de Washington; a las cadenas de televisión y de radio. Atacó por sus nombres a los intelectuales críticos del poder: les acusó de comunistas, de traidores. Dijo que los que disientan de la guerra de Vietnam estaban «asesinando muchachos americanos», que Johnson y Humphrey habían sido permisivos con el comunismo. Y dijo que había que reformar enteramente el sistema judicial de los Estados Unidos. Cuando un juez decretaba la inocencia y la libertad de algún acusado político, Agnew, invariablemente, pedía en público que el juez fuese destituido. Por ejemplo, hace tres años, un presidente de sala, Kingman Brewster, emitió sus dudas acerca de que los agitadores negros pudiesen tener un juicio imparcial dentro del sistema judicial americano. Agnew exigió oficial y públicamente que fuese expulsado.

Sin embargo, a partir de la reelección de 1972, Spiro Agnew comenzó suavemente a cambiar de imagen. En la Convención de ese año, el partido republicano hizo una encuesta entre los delegados, y encontró que del 30 al 40 por ciento eran favorables a que Agnew fuese designado para la candidatura presidencial en 1976; más que ningún nombre de los propuestos. Solamente que su imagen resultaba demasiado dura para los moderados, para los liberales. Bien por reflexión propia o de su equipo, bien por recomendación u orden del partido, Spiro T. Agnew comenzó a revestirse de la piel de cordero necesaria para tener éxito en estos tiempos. Comenzó a moderar sus frases, a intentar una aproximación mayor hacia los elementos moderados. A ampliar la base de la «mayoría silenciosa»... Y cuan-

do el escándalo del Watergate estalló, Agnew se frotó las manos de placer. Era completamente inocente. Probablemente, porque nadie había contado con él. Además, apenas entendía la complejidad del caso, en el que había mezclados temas de espionaje, de dinero, de un mundo subterráneo de la política... No correspondía a sus luces de «pensamientos básicos». Agnew recomendó a Nixon que combatiera bravamente, que no se dejara amedrentar; pero no podía disimular el contento que le producía resultar absolutamente inocente en una Administración donde todo el mundo estaba complicado. Sin necesidad de llegar al «impeachment» de Nixon, que le hubiera entregado la Presidencia —y quién sabe si secretamente no deseaba que eso ocurriera ya—, en las próximas elecciones sólo habría un político con las manos blancas para recoger los votos presidenciales... Todo ello le valió el odio de Nixon.

Y en pleno sueño, surgió su propio escándalo. Las acusaciones de fraude fiscal, soborno y cohecho. Y el abandono de Nixon. Agnew ha llevado su defensa de la misma manera torpe y difícil que toda su vida política. Ha atacado de nuevo a la justicia, ha querido ampararse en la inmunidad de su juicio, sus abogados han intentado llevar a los Tribunales a cerca de una veintena de periodistas acusados de injuria y calumnia, ha querido hacer una suscripción pública para pagar a sus abogados; finalmente, ha terminado en un pacto judicial, reconociéndose culpable de uno de los delitos y dimitiendo de la vicepresidencia, con una última frase para salvar la cara —ha dicho que dimitía y se negaba a combatir para no poner en entredicho al poder público que representaba—, y de golpe, toda su carrera política se ha hundido.

Pero lo importante no es el caso de un hombre que ha trepado hasta un alto puesto y podía haber tenido el máximo de la nación partiendo de la falsedad, lo importante no es que se descubran las inmorales de un moralista y las delincuencias de un defensor de la ley y el orden, sino el tinte de dramatismo y desesperación que da a toda la política americana, la profunda crisis constitucional y, más aún, la acusación que supone para la clase política americana todo el conjunto de hechos que se están revelando en estos últimos meses en Washington: una clase política que está distorsionando el sistema y a la que no es tan fácil arrojar de sus puestos privilegiados. Si Agnew ha caído, es porque es la caída de un símbolo; pero probablemente no va a bastar en el futuro con las depuraciones simbólicas para restaurar la verdadera ley, el verdadero orden y la verdadera moral, en un país que tiene el suficiente poso doctrinal y mental como para hacerlos triunfar. ■ J. A.